

Mt 2,1-12

Hemos visto su estrella en oriente

El día que impusieron el nombre al Precursor de Cristo, a Zacarías su padre se le soltó la lengua y lleno del Espíritu Santo profetizó diciendo: "Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo suscitandonos una fuerza de salvación en la casa de David su siervo... por las entrañas de misericordia de nuestro Dios nos visitará una Luz de la altura, para iluminar a los que yacen en tinieblas y sombras de muerte" (Lc 1,78-79). Zacarías se refiere a Cristo; él es la "fuerza de salvación que nace de la casa de David". Dos expresiones de esta profecía tienen estrecha relación con la Epifanía del Señor que celebra hoy la Iglesia.

El término que se ha traducido como "Luz" es la palabra griega "anatolé", que literalmente significa "el nacer, el surgir" o, dicho según la raíz latina: "el oriente" (en latín "nacer, surgir" se dice "oriri"). El surgir por excelencia es el del sol. Por eso el lugar donde nace el sol se ha llamado el Oriente (y el lugar donde muere, el Occidente). El Oriente es el amanecer, donde comienza a aparecer la luz y a disiparse las tinieblas. Era entonces normal que Zacarías aplicara este título al Mesías esperado por Israel. Se lo sugiere la visión de Isaías: "¡Alzate, resplandece, Jerusalén, que ha llegado tu luz, y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti! Mira cómo la oscuridad cubre la tierra y espesa nube a los pueblos, mas sobre ti brillará el Señor y su gloria se verá sobre ti" (Is 60,1-2). Esta profecía se cumplió en el nacimiento de Jesús en Belén. Una de las hermosas antífonas de los días anteriores a la Navidad dice: "Oh Oriente, resplandor de la luz eterna, sol de justicia, ven a iluminar a los que yacen en tiniebla y en sombra de muerte".

La otra expresión relacionada con la Epifanía del Señor es el verbo "iluminar" (en griego suena "epifánai"). Este término es el que da el nombre a la fiesta de la Epifanía. "Nos visitará el Oriente para iluminar a los que yacen en tinieblas y sombras de muerte". Se refiere a la iluminación que llegó al mundo con el nacimiento de Jesús. Desde su cuna en Belén, él es "la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Jn 1,9).

Todo esto tiene actuación en el acontecimiento que relata el Evangelio de hoy: "Nacido Jesús en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes, algunos magos venidos de oriente llegaron a Jerusalén y preguntaban: '¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Hemos visto su estrella en su surgir (anatolé) y vinimos a adorarlo'". La continuación del relato expresa la característica propia del misterio: aquellos que por su ciencia y su posición debían conocerlo,

son insensibles a él; en cambio, los lejanos, que lo reciben como un don que irrumpe en sus vidas, "vienen a adorarlo". Herodes y toda Jerusalén con sus escribas y sumos sacerdotes "se sobresaltaron" ante la pregunta de los magos, es decir, la ciudad santa, ubicada a pocos kilómetros de Belén, no supo del nacimiento del Mesías esperado; en cambio, los magos venidos de lejos, recibieron la revelación de su nacimiento por el surgir de una estrella: "Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al Niño con María su madre y, postrándose, lo adoraron". En todos los pesebres donde se representa el nacimiento del Niño Jesús se pone estos personajes para recordarnos que el conocimiento de Cristo es un don gratuito, que se concede a los humildes. Nadie pone en el pesebre escribas o sumos sacerdotes.

Esto fue una constante en toda la vida de Jesús. El nació ignorado de los grandes del mundo pero conocido por los sencillos y los lejanos. Nació en un pesebre, pero no dejó de iluminar. A los pastores en la noche "la gloria del Señor los envolvió en su luz" (Lc 2,9), a los magos de oriente una estrella les brilló. En Jesús actúa el "misterio", que resplandece para los sencillos y permanece oculto para los sabios e inteligentes. El misterio es impenetrable para los que ponen su confianza en la inteligencia humana. Se concede solamente a la fe. Herodes y los sumos sacerdotes y escribas no lo conocen, mientras los magos venidos de fuera de Israel se postran y lo adoran.

Lo mismo acontece en su vida pública. Cuando Jesús comenzó su ministerio y se hizo notar los fariseos enviaron guardias a detenerlo. Pero éstos vieron la Luz y no pudieron ponerle las manos encima. Volvieron sin él, diciendo: "Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre". En cambio los fariseos preguntan: "¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Acaso ha creído en él algún magistrado o algún fariseo? Pero esa gente que no conoce la ley son unos malditos" (Jn 7,45-48). En realidad, no creyeron en él muchos magistrados y fariseos; pero los humildes pescadores dieron testimonio de él con sus vidas.

La Epifanía es una fiesta particularmente significativa en nuestra situación occidental, porque para nosotros la luz verdadera brilla desde el oriente, como el día que amanece y avanza. Hoy se nos exhorta: "Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo" (Ef 5,14).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción